



## MIS MEMORIAS

POR DON FRANCISCO I. MADERO

Enero 19 de 1909.

Muchos hombres declarados grandes por la posteridad, y otros que por lo menos han llegado a ser célebres, han tenido la costumbre de escribir durante su vida un diario en el cual anotan los acontecimientos más importantes de que fueron actores o espectadores, así como sus impresiones particulares sobre ellos.

Creo que debemos imitar el ejemplo de los hombres que se han distinguido, si queremos llegar algún día a representar un papel de importancia en los destinos de la Patria.

Aquellos cuyos nombres figuran en la historia con letras luminosas, generalmente han sido modestos, activos, sobrios, trabajadores, abnegados. Sólo esas virtudes pudieron elevar sus almas a la altura necesaria para luchar con ventaja en las críticas circunstancias en que lo hicieron.

México pasa actualmente por una de sus crisis más serias, pues de la actitud de los mexicanos depende que se perpetúe el régimen del Poder Absoluto, que será mortal para nuestras instituciones y para nuestra independencia, o bien de que se imponga para siempre el radiante imperio de la ley.

Todo hace creer que se prepara una lucha formidable entre el pueblo ansioso de recobrar sus derechos y la administración del General Díaz, que celosa cuida todas sus conquistas.

Yo estoy resuelto a luchar con toda energía defendiendo la causa del pueblo, lo cual me pondrá en condiciones de ser actor principal de muchos acontecimientos, o por lo menos, espectador bien enterado. Así es que, escribiendo mis memorias, es posible deje algunos apuntes que con el tiempo puede aprovechar la historia.

1909

Estos apuntes no tendrán ese objeto único, sino que pueden servir para aumentar la experiencia de los que luchan por la Democracia en México y en otros países.

Por último, a mí me servirán de mucho, porque, además de que en cualquier tiempo me refrescarán la memoria sobre cualquier acontecimiento, la costumbre de escribir todas mis impresiones desarrollará más mi discernimiento y hará que mis juicios sean más fundados y serenos.

No tengo la pretensión de ser un gran hombre, pero sí aspiro a imitar su ejemplo; para lograrlo, sólo se necesita considerar, más alto que los intereses particulares, los grandes intereses de la Patria y abrazar una causa noble con entusiasmo y abnegación. El éxito determinará si se pudo igualar a los hechos de los grandes hombres, para figurar entre ellos, o si por falta de inteligencia se conquistó un fracaso, en cuyo caso no llegaré a ser uno de tantos mártires que sucumben en defensa de sus ideas. No creo que el éxito dependa del azar; más bien estoy convencido que está en estricta relación con la intensidad del esfuerzo.

Para llevar adelante una obra magna, no solamente se necesita entusiasmo, abnegación y una fuerza de voluntad a toda prueba, sino también un gran talento para dirigir hábilmente esos esfuerzos.

Creo igualmente que nosotros representamos el esfuerzo que hemos hecho anteriormente, ya sea en esta existencia o en nuestras existencias pasadas, pues estoy firmemente convencido de que nuestro espíritu evoluciona, pasando a través de innumerables envolturas carnales.

Por estos motivos no está en nuestro poder improvisar grandes hombres, pero si queremos llegar a serlo alguna vez, en el transcurso de nuestras encarnaciones, necesitamos desde ahora abrazar con entusiasmo alguna causa noble, identificarnos con ella, considerar que hemos venido al mundo para trabajar por ella, y dirigir todos nuestros esfuerzos hacia su triunfo definitivo.

Esa conducta tan bella ennoblecerá todos los actos de nuestra vida, y aun cuando seamos víctimas de la intolerancia o de la ambición de los demás, aun cuando sucumbamos, nuestro esfuerzo no será estéril, habremos cumplido con nuestro deber en la más amplia acepción de la palabra, y esos repetidos reveses, esos fracasos, aumentarán nuestro caudal de experiencia; además, nuestra inteligencia, en constante tensión para encontrar el modo de vencer los obstáculos, se desarrollará de un modo admirable, y nosotros llegaremos a acercarnos cada vez más a los grandes hombres, hasta que algún día los igualemos.

Antes de proseguir, diré que es nuestro deber imitar en todo lo bueno a los grandes hombres, y que el hecho de adoptar la costumbre de escribir uno mismo sus memorias no debe ser considerado como pretensión injustificada y ridícula, sino como el justísimo deseo de desarrollar nuestras facultades y de ser útiles, para lo cual es muy necesario el método, el orden y el estudio, cualidades que se practican con la costumbre de escribir impresiones y memorias.

Después de este preámbulo, que me ha parecido necesario, voy a prin-

cipiar mis memorias, ocupándome principalmente de los acontecimientos de interés general, y sólo me ocuparé de mí mismo en lo que se relacione con aquéllos.

Principiaré por hacer una breve reseña del pasado.

### MIS RECUERDOS

Nací el 30 de octubre de 1873, en la hacienda de El Rosario, Municipio de Parras, Estado de Coahuila.

Mis primeras letras las aprendí con las virtuosas señoras Albinita Maynes y doña Chonita Cervantes.

Posteriormente estudié con don Manuel Cervantes, quien fué igualmente mi profesor de música.

A la edad de 12 años (año de 1885) ingresé al Colegio de San Juan en Saltillo.

Este Colegio es de Jesuitas y se dedica, más que todo, a desarrollar el sentimiento religioso de los niños.

A mí me impresionaron fuertemente las enseñanzas que allí recibí, al grado de que quería ingresar a la Compañía de Jesús, pues en aquella época llegué a estar convencido de que ese camino era el único que podría llevarme a la salvación eterna.

En ese Colegio mi profesor fué el señor Albereli; era Rector del Colegio el padre Brisac y Prefecto el padre Espina, que se ha hecho célebre por sus teorías astronómicas, en contradicción con los principios hasta ahora universalmente admitidos.

Un año solamente permanecí en dicho Colegio.

Al año siguiente fuí al Saint-Mary's College, en St. Mary, cerca de Baltimore, Estados Unidos.

Allí permanecí un año escolar incompleto, así es que aprendí muy poco inglés y ninguna otra cosa por no conocer el idioma.

El principal profesor que tuvimos allí, fué el señor Lagarde, de las familias francesas de Nueva Orleans. Este señor era conocido de mi familia desde muchos años atrás, cuando estuvieron en un Colegio de Hermanas de la Caridad—el de San José—en el mismo pueblito, algunos hermanos de mi papá, habiendo sido él el tutor. También fué nuestro tutor a la vez que nuestro profesor (hablo en plural, porque estaba yo con mi hermano Gustavo y los hermanos de mi padre, Ernesto, Manuel y José). Conservo gratísimos recuerdos de aquel señor, que siempre nos trataba con gran benevolencia y seguido nos llevaba a su casa de recreo.

Estábamos en el Colegio cuando recibimos la noticia de que había muerto un hermano nuestro, a quien queríamos muchísimo, debido a su precoz inteligencia y a los nobles sentimientos que revelaba. Su muerte fué verdaderamente trágica, pues con un carrizo que él tenía, hizo que se desprendiera la lámpara de petróleo que estaba pendiente de una pared, y al caer sobre él lo bañó el líquido combustible que se inflamó con la mecha. Raulito (así se

llamaba aquel querido hermano) sólo sobrevivió 47 horas y murió en medio de grandes sufrimientos; pero con una calma y una serenidad que revelaban la grandeza de su alma. En nuestra familia recordamos con ternura algunas de sus últimas palabras que pronunció antes de morir: "Ya no vuelvo a ir a la cocina, mamasita, porque precisamente cerca de aquel lugar he encontrado la muerte". Ese hermano querido, al abandonar este mundo, no por eso nos abandonó, y desde la mansión etérea sigue nuestros pasos con solícito cariño, desempeñando con sus hermanos de la tierra el dulce papel de espíritu protector, o, sea lo que se llama en términos más poéticos "ángel guardián."

De la época que estuve en aquel Colegio, conservo el recuerdo de paseos en trineos tirados por caballos, y de pequeños trineos en los cuales nos sentábamos y bajábamos las pendientes con vertiginosa velocidad; tampoco se me ha borrado el recuerdo de uno que otro asalto de box a puño pelón. Una vez estuve sosteniendo un asalto de esa naturaleza con uno de mis discípulos americanos durante quince minutos, que fué lo que duró el recreo. Todos los estudiantes formaban círculo a nuestro derredor, y al llegar uno de los hermanos que nos vigilaban, suspendimos momentáneamente el asalto, pero él dió su consentimiento para que continuáramos, y tanto él como otro hermano de jerarquía superior, que llegó después, no sólo eran espectadores de ese asalto, sino que nos incitaban a no desmayar. Recuerdo que mi contrincante estaba en un rincón más alto que el punto en donde yo me encontraba, lo cual es muy ventajoso para esa clase de asaltos. Algunas veces me quedaba en mi lugar, con la esperanza de que él me atacara y proseguir la lucha en condiciones más ventajosas para mí; pero él nunca abandonó su lugar y yo fuí el que tuve que atacarlo constantemente, incitado por los "buenos" hermanos y padrecitos que no dieron en aquella vez grandes pruebas de moralidad.

Y al terminar el recreo, terminó el asalto: los dos teníamos los ojos inflamados, las narices chorreando sangre y la cara llena de contusiones. Fuimos a la pila de agua a darnos una buena refrescada, y muy cortésmente nos ofrecíamos el primer lugar para verificar esa operación. Después un Stake hands puso término a nuestra rivalidad.

Las vacaciones las fuimos a pasar a Parras; a Gustavo mi hermano y a mí nos mandaron, una vez pasadas éstas, a París, aprovechando la oportunidad de que hacía un viaje a Europa un tío nuestro, don Antonio V. Hernández. Con nosotros emprendió el viaje un tío nuestro, Eduardo A. Zambrano.

Nos embarcamos en Nueva York en el vapor de la Trasatlántica francesa La Bretagne, y pasamos en el mar el 13 de octubre, día del cordón de San Francisco.

Sólo el primero y el último día de la travesía los pasé bien; el resto del tiempo fuí mareado, y recuerdo que me sentía tan molesto con ese malestar, que iba ideando el modo de no volverme a embarcar, y pensaba que sería mucho más agradable hacer el viaje de regreso por Siberia y el estrecho de

Behring, aun en el caso de que tuviera que hacerlo a caballo, que siempre ha sido mi sport favorito, pues desde nuestra más tierna infancia hacíamos, mis hermanos, parientes y yo, grandes viajes a caballo.

Llegamos a París, el cerebro del mundo, como decía Víctor Hugo, fuimos a parar a casa de un tío nuestro, hermano de mi madre, don Lorenzo González Treviño. Muy pronto nos instaló en una pensión particular de un señor Frillé. Allí estuvimos algunos meses, hasta terminar el año escolar, y pasamos el año de 87 al Liceo de Versalles, al que posteriormente se le cambió de nombre, llamándose ahora Liceo Hoche, en recuerdo del ilustre y modesto guerrero del mismo nombre, que tuvo su cuna en aquella histórica ciudad.

En aquel Liceo es en donde más aprendí, pues estaba yo en posesión del idioma. Sin embargo, sólo permanecí un año y meses y pasé a la Escuela de Altos Estudios Comerciales en la Plaza Malesherbes, París, en donde estuve tres años hasta terminar mis estudios comerciales, hacia el mes de junio de 1892.

En este último colegio son muy completos los cursos, pues no solamente se estudia contabilidad y taquigrafía, como en las escuelas similares de los Estados Unidos, sino que se hacen estudios muy interesantes sobre mercancías, el modo de fabricar cuanto objeto manufacturado existe, los aparatos y máquinas más modernas que se emplean, los lugares en donde se encuentran las materias primas, los mercados para las manufacturas, los precios de costo y, en general, cuanto dato puede interesar a una persona que desee establecer algún negocio industrial o mercantil. Además, teníamos cursos muy completos de Economía Política, Geografía Comercial, Matemáticas en sus aplicaciones y toda clase de operaciones financieras; del Código Civil y Comercial; Legislación de Presupuestos: así es que los estudios en aquel plantel son muy importantes y hacen tener, a quienes salen de allí, un espíritu amplio que les permite apreciar las cosas desde un punto de vista superior.

Mis impresiones de colegio, durante los cinco años que estuve en Francia, son de las más gratas.

El francés es muy hospitalario y trata al extranjero con una cortesía llena de afabilidad. Nosotros, los de raza latina, cuando vamos a Francia, nos sentimos más en nuestra casa, que en los Estados Unidos, pues nuestro carácter congenia mucho más con el francés que con el anglosajón.

En Francia son tan republicanos y profesan tal culto a la igualdad, que en los colegios del gobierno tratan sin ninguna distinción a los franceses y a los extranjeros, aunque éstos sean negros del Africa, turcos, chinos o de las partes más atrasadas del Globo.

El método de enseñanza en los colegios franceses me parece excelente: las clases son orales y los alumnos las toman en cuadernos especiales, lo cual influye para que se les grave más la idea. Esto no excluye, en ciertos casos, el que se consulte con libros de texto, pero éstos son muy poco empleados en los colegios profesionales. Además, los alumnos están sujetos a constantes exámenes, lo cual los obliga a estudiar todo el año, mientras que aquí, en

México, como no hay más exámenes que los de fin de año, los alumnos que no son muy estudiosos se pasean la mayor parte del tiempo y sólo dedican a estudiar unos cuantos días antes de los exámenes de fin de año.

Pasando a otro orden de ideas, diré que en el año de 1889 llegó toda mi familia, que fué a pasar toda una temporada a Francia. Tuvimos muchísimo gusto en verla, pues hacía dos años que nos habíamos separado de ella.

Después de pasar en París los últimos meses de la Exposición Universal, mi familia se fué a radicar a Versalles, en la calle d'Angevillers 18 bis.

Conservo recuerdos muy vivos de aquella época: el palacio y el parque son dignos de conocerse, por su magnificencia el primero y por su belleza el último.

También conservo un recuerdo muy preciso del excelente señor Julio Serrano, francés descendiente de español, profesor en el Liceo Cardorcet, que estableció una pensión de familia en la cual estuvimos mucho tiempo, ya en Versalles, ya en París, a donde fué a radicarse posteriormente. Tanto él como su esposa y sus niños eran excelentes personas.

Ese querido amigo ya murió y su señora ha seguido con una pensión en que da alojamiento y cuida a algunos estudiantes.

Entre mis múltiples y variadas impresiones de aquella época, el acontecimiento que ha tenido más trascendencia en mi vida fué, que el año de 1891 llegaron a mis manos, por casualidad, algunos números de la Revue Spirite, de la cual mi papá era suscriptor; se publica en París desde que la fundó el inmortal Allán Kardec.

En aquella época, puedo decir que no tenía ninguna creencia religiosa, ni ningún credo filosófico, pues las creencias que alimenté en mi infancia y que tomaron cuerpo cuando estuve en el Colegio de San Juan, se habían desvanecido por completo.

Yo creo que si no hubiera ido a ese colegio en donde me hicieron conocer la religión bajo colores tan sombríos y tan irracionales, las inocentes creencias que mi madre me inculcó en mi tierna infancia, hubieran perdurado mucho más tiempo.

Pero el hecho es que en aquella época no tenía yo ninguna creencia, así es que no tenía ninguna idea preconcebida, lo que me puso en condición de juzgar al Espiritismo de un modo desapasionado e imparcial.

Con gran interés leí cuanto número encontré de la Revue Spirite, y luego me dirigí a las oficinas de la misma publicación, que es en donde existe la gran librería espírita. Mi objeto era comprar las obras de Allán Kardec que había visto recomendadas en la Revista.

No leí esos libros, sino los devoré, pues sus doctrinas tan racionales, tan bellas, tan nuevas, me sedujeron, y desde entonces me considero espírita.

Sin embargo, a pesar de que mi razón había admitido esa doctrina y la había aceptado francamente, no influyó desde luego en modificar mi carácter ni mis costumbres. La semilla estaba puesta en el surco, y aunque desde un principio germinó por haber caído en tierra fértil, no por eso fructificó desde entonces, pues aunque había comprendido el alcance filosófico de la doctrina

espírita, no comprendí desde luego su alcance moral y práctico. El tiempo, las vicisitudes, las consecuencias de mis actos apegados a la ley de mis nuevos conocimientos, me harían meditar profundamente y me harían comprender con claridad las enseñanzas morales de la doctrina espírita.

Otras impresiones que conservo son los recuerdos de colegio, íntimamente ligados con muchos buenos amigos que dejé por allá, de los cuales sólo he vuelto a ver a Marc Landeau que viene periódicamente a esta República para sus negocios, y a Alejandro de la Arena, que fué mi condiscípulo por espacio de tres años y que ahora reside en México, ocupado en disfrutar de las rentas que le quedan después de haber gastado la mayor parte de la cuantiosa fortuna que le legaron sus padres.

Fuera de mis condiscípulos, cultivé buenas relaciones con el Dr. Ramón Fernández, que era Ministro Plenipotenciario de México en Francia, y que ya murió; con su hijo Ernesto, que siempre fué y es hasta la fecha un buen amigo mío; con el maestro Altamirano, a la sazón Cónsul de México en París, y con cuya amena conversación pasé ratos muy agradables; y por último, con Juan Sánchez Azcona, con quien trabé íntima amistad que aún perdura y que quizá aumente si nos encontramos otra vez en el mismo medio, pues siempre he sentido gran simpatía por él. Desde que nos separamos en Europa, él se ha dedicado al periodismo y a la política; ha sido diputado al Congreso de la Unión varias veces, y ahora es de los organizadores del Partido Democrático y del periódico *México Nuevo*. Si lucha con virilidad en la gran campaña electoral que se inicia, no será remoto que llegue a desempeñar papel importante en la próxima administración, pues es inteligente, íntegro y de grandes ideales.

Se me ha olvidado hablar de las vacaciones de 1891 que me dejaron para siempre gratísimos recuerdos: cerca de tres meses estuvimos en Rayan, en la embocadura de la Gironda, bañándonos diariamente en el mar y gozando del clima, de los paseos al bosque, de expediciones en veleros pequeños del Casino, y de la buena compañía, pues además de mi mamá y hermanos, estuvieron allí Marcos Hernández y Ernesto, Manuel y José Madero, así como algunas familias francesas, la del señor Serrano, del ingeniero Frediereau, con quienes teníamos relaciones muy cordiales, así como con otras familias francesas.

En aquellas mismas vacaciones, mi mamá, mis hermanas Mercedes y Magdalena, Manuel Madero y yo, fuimos a Burdeos, Lourdes, Canterets en los Pirineos, y a San Sebastián. No describiré viaje tan pintoresco, sólo diré que conservo muy vivo el recuerdo de él y de una hazaña que llevé a cabo en la última población, que está situada en la preciosa bahía o concha de su propio nombre. Mi hazaña consistió en irme a nado desde la playa hasta una de las islas que casi cierran la entrada de la concha, habiendo recorrido una distancia de dos millas sin más descanso que el que encontramos los nadadores boca arriba. En esa hazaña fuí acompañado por Manuel Madero que muy pronto se cansó y subió a bordo de un pequeño bote de remos que contratamos para que nos acompañara, pues ignorábamos si las fuerzas nos alcan-

zarían para llegar hasta las islas y por lo menos lo hubiéramos necesitado para el regreso. La travesía a nado la hice sin gran fatiga, pero hay que advertir que entonces tenía tres meses de estarme bañando en el mar casi todos los días, así es que tenía un gran ejercicio.

Al terminar mis cursos en la Escuela de Altos Estudios Comerciales, emprendí un viaje por Europa en compañía de don José González Misa y su familia. Fuimos de París a Bruselas, Amberes, La Haya, Amsterdam y Polonia. De aquí resolví regresar a París a fin de volver cuanto antes a México, pues hacía cinco años que estaba fuera de mi patria y tenía grandes deseos de regresar a ella.

Mi padre me había autorizado para que hiciera un viaje por toda Europa en compañía de la referida y honorable familia conterránea nuestra, pero eran tales mis deseos de volver a mi tierra, que sacrifiqué ese viaje con tal de retornar cuanto antes. Me hacía las cuentas de que pronto volvería a terminarlo, pero no ha sido así, y quién sabe hasta cuándo lo emprenderé, sobre todo, considerando que el tal proyecto actualmente no ocupa ningún lugar en mi imaginación, llena por completo con otras ideas.

El regreso a mi patria fué para mí motivo de gratísimas impresiones. Estuve tres meses en la Hacienda del Rosario, en donde pasan el verano gran parte de nuestros parientes y en donde pasábamos y aún pasamos temporadas deliciosas, con paseos a caballo, baños de natación, bailes, días de campo, meriendas, paseos en coche; todo eso con un clima delicioso, con panoramas bellísimos y paisajes encantadores, hace que esas temporadas de verano dejen siempre gratísimos recuerdos.

Terminadas esas deliciosas vacaciones, fuimos mi hermano Gustavo y yo, así como nuestras hermanas Mercedes y Magdalena, acompañados de nuestro querido papá, a California. Mis hermanas fueron instaladas en el colegio de hermanas de Notre Dame, y Gustavo y yo, en la Universidad de California, en Berkeley, cerca de Oakland, en el Departamento de Agricultura.

En ese colegio permanecimos unos ocho meses, me perfeccioné algo en el inglés y adquirí algunos conocimientos generales de agricultura que me han sido muy útiles posteriormente.

En el mismo convento en que se encontraban mis hermanas, había algunas señoritas mexicanas, entre ellas la señorita Sara Pérez, que después ha llegado a ser mi esposa.

Allí en el colegio apenas la conocí, pero intimó mucho con mis hermanas y esa intimidad fué después motivo para que me encontrara con ella en México y me prendara de sus cualidades.

Al concluir el año escolar y mientras lo terminaban nuestras hermanas, fuimos Gustavo y yo a un pequeño paseo por Santa Cruz, en donde se encuentran algunos árboles gigantescos llamados "big-trees;" de ahí a Monterrey, en donde se encuentra el magnífico hotel del Monte y el espléndido paseo de 17 millas que se recorre en buque y teniendo a la vista los más variados y espléndidos paisajes. Para terminar nuestro viaje, fuimos al Valle de Yosemite, que es uno de los puntos más hermosos del globo, pues la Naturaleza

se ostenta con toda su majestad; los panoramas son imponentes, bellísimos; no ya el paisaje risueño y encantador en donde la mano del hombre alterna con la Naturaleza, sino la Naturaleza sola ostentando majestuosamente sus galas, sus bosques hermosísimos, sus árboles cuya cima toca a las nubes y de los cuales uno de ellos se encuentra perforado en su grueso tronco y oculta un gran carruaje con dos tiros de caballos; las montañas a pique con cascadas de 300 metros, cascadas en que un grueso torrente se convierte en lluvia finísima, que con los rayos del sol presenta las más hermosas cambiantes del iris.

Regresamos a Berkeley, asistimos a la fiesta escolar de nuestras hermanas y regresamos a nuestra patria, pasando por Yuna, en las márgenes del Colorado y por los desiertos que le aveauaban, y en los cuales se siente un calor terrible, pues el termómetro marcaba dentro del Pullman 116° Fahrenheit.

De retorno a mi patria, después de breves vacaciones, me radiqué en San Pedro de las Colonias, hacia el mes de septiembre u octubre del año de 1893.

Como aquel año no vino agua en el Nazas, me ocupé en conocer todas las propiedades de mi padre, acompañado de Gustavo y guiados por don Atanasio González, que entonces era el administrador de las propiedades. Este señor, con quien desde entonces conservo gran amistad, fué capitán de caballería en los tiempos de revueltas intestinas y, para nosotros, tenía un gran atractivo el relato que nos hacía de sus campañas.

No quiero entrar en más detalles, pues creo que todo lo que pasó fué de poca importancia; me limitaré a decir que desde el año siguiente, de 1904, principié a cultivar el algodón en las fincas de mi padre, que fué el que introdujo y popularizó en la región baja del Nazas el cultivo del algodón americano que da excelentes cosechas, en vez del algodón del país que se cultivaba antes y cuya siembra no se había abandonado por el espíritu de rutina inconcebible.

Los acontecimientos de más importancia para mí, fueron: mi conocimiento de la homeopatía en el año de 1896, que fué enteramente incidental, y que debo al coronel Carlos Herrera que le encargó un botiquín a mi papá. Desde entonces, que me convencí prácticamente de la conveniencia de ese método, he sido entusiasta propagandista de la homeopatía, pero en esto me ha excedido mi padre, que ha ayudado de un modo eficaz para la propaganda a los infatigables apóstoles de la idea, los Doctores Segura y Fernández de Lara.

A ese sistema debemos la vida de nuestra adorada madre que estuvo muy grave de fiebre tifoidea, y que se alivió merced a la bondad y la eficacia de la homeopatía. Durante su enfermedad, que fué bastante larga por sus recaídas, estuve por mucho tiempo a la cabecera de su cama y tuve la satisfacción de que en gran parte debiera su salud a mis esfuerzos, pues aunque mi papá y mis hermanos estuvieron siempre solícitos a su lado, en realidad papá y yo fuimos los médicos por mucho tiempo, y él, Mercedes mi hermana y yo, los enfermeros.

Esta enfermedad fué durante el año de 1901. En esa época, con la vida tan reposada, tan tranquila, tan lejos del bullicio de las fiestas y de los paseos, parece que me reconcentré en mí mismo, pues empezaron a resucitar recuerdos que creía enterrados para siempre, y la imagen de Sarita se presentó de nuevo a mi espíritu. Entonces recordé que no tenía ningún motivo para quebrar con ella, que a nadie podía amar con un amor tan grande, y que difícilmente encontraría quien pudiera sentir igual cariño por mí.

Para eso diré que cinco años antes había estado en relación con ella, que la había ido a visitar con frecuencia a México, que llevábamos muy asidua correspondencia y que nos amábamos entrañablemente, pero la distancia y la vida disipada que llevaba yo en aquella época borrarón, poco a poco en mí, esos sentimientos y acabé por romper con ella sin ningún motivo. Para ella fué un golpe terrible y para mí un motivo más para seguir mi vida disipada, pero a pesar de que cortejé a muchas otras señoritas, siempre, en mis momentos de calma, de serenidad, volvía a brotar de las profundidades de mi alma la imagen de Sarita.

Como para la época de la enfermedad de mi mamá había yo olvidado mi vida disipada, predominaron en mí las tendencias más elevadas y muy pronto me formé el propósito irrevocable de volver a Sarita. Mi constancia triunfó de todos los obstáculos, y al fin tuve el inmenso placer de estrechar entre mis brazos a la que debía ser mi inseparable, mi amantísima compañera, y que debía de ocupar un lugar tan predominante en mi corazón. La ceremonia de nuestro enlace civil se verificó el 26 de enero de 1903 en la casa del licenciado don Agustín Verdugo, calle de Capuchinas núm. 8, en la capital de la República, que era la casa donde vivía mi futura esposa, por ser sobrina de la esposa de dicho licenciado. Al día siguiente, en la mañana, a las 9 a. m., se efectuó la ceremonia religiosa en la Capilla del Arzobispado, habiendo oficiado el mismo señor Arzobispo y habiendo dicho la misa el Padre Angel Genda, hombre de rara virtud y que había sido por mucho tiempo confesor de mi esposa.

En lo civil, el Juez que efectuó la ceremonia fué el conocido señor Briseño.

El banquete de bodas con que nos obsequió mi papá, tan bueno y generoso como siempre, fué en el Hotel de la Reforma, que era donde residíamos. Allí pasamos algunos días Sarita y yo, y luego nos trasladamos a San Pedro, en donde residimos desde entonces.

Antes de hablar de mi vida de casado, debo referir un acontecimiento de la de soltero, que ha tenido inmensa trascendencia en mi vida.

Quando me penetré de lo racional y lógico que era la doctrina espírita, concurrí en París a varios círculos espíritas, en los cuales presencié algunos fenómenos interesantes. Los médiums, cuyos trabajos fuí a presenciar, me manifestaron que yo también era médium escribiente. Desde luego quise convencerme de ello, y me puse a experimentar según las indicaciones que hace Kardec en el libro de los Médiums. Mis tentativas sólo me dieron como resultado que trazara una pequeña línea con muchas sinuosidades, lo cual atri-

buía yo al cansancio de la mano al permanecer mucho rato en la misma postura.

Con este motivo y después de algunas tentativas aisladas, abandoné esos experimentos.

Sin embargo, una vez que estaba enfermo de fiebre gástrica Manuel Madero, que se encontraba en mi casa, siendo yo su médico y su enfermero, en las largas horas en que estaba pendiente de él o en las que no le dirigía la palabra para no cansarlo, se me ocurrió renovar mis tentativas con verdadera constancia, y a los muy pocos experimentos empecé a sentir que una fuerza agena a mi voluntad movía mi mano con gran rapidez. Como sabía de qué se trataba, no solamente no me alarmé sino que me sentí vivamente satisfecho y muy animado para proseguir mis experimentos. A los pocos días escribo con una letra grande y temblorosa "*Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a tí mismo.*" Esta sentencia me causó honda impresión y, siendo contraria a lo que yo me esperaba, me hizo comprender que las comunicaciones de ultratumba nos venían a hablar de asuntos trascendentales. Yo estaba acostumbrado a considerar esa tendencia como todas las que aprendí en mi infancia, pero sin concederle particular importancia al comprender su fondo moral y filosófico.

Al día siguiente volví a escribir lo mismo, así como al tercero, pero entonces ya escribí un poco más, recomendándome el ser invisible que orara. Ésto me impresionó aún más, porque si debo confesar la verdad; diré que muy rara era la vez que procuraba elevar mi espíritu por medio de la oración.

Después seguí desarrollando mi facultad, al grado de escribir con gran facilidad. Las comunicaciones que recibía eran sobre cuestiones filosóficas y morales, y siempre eran tratadas todas ellas con gran competencia y con belleza de lenguaje que me sorprendía y sorprendía a todos los que conocían mis escasas dotes literarias.

Estas comunicaciones me hicieron comprender a fondo la filosofía espírita y, sobre todo, su parte moral, y como en lo íntimo me hablaban con gran claridad los invisibles que se comunicaban conmigo, lograron transformarme, y de un joven libertino e inútil para la sociedad, han hecho de mí un hombre de familia, honrado, que se preocupa por el bien de la Patria y que tiende a servirla en la medida de sus fuerzas.

Para mí, no cabe ni duda que la transformación moral que he sufrido la debo a la mediumnidad, y por ese motivo creo que ésta es altamente moralizadora. Como no sería justo que no se beneficiaran mis hermanos (me refiero a toda la humanidad en general) con esos conocimientos y con esa práctica que he adquirido, pienso escribir un libro sobre estos asuntos, tan pronto como pueda disponer de una temporada de calma. No sé hasta cuándo sucederá tal cosa, pues principiando este año voy a lanzarme a la política con todo entusiasmo y quién sabe hasta cuándo pueda disponer de una temporada de reposo. Quizá al terminar la campaña electoral de 1910, un poco más tarde, a menos que los azares de la lucha me lleven a algún calabozo, en donde podré dedicarme con toda tranquilidad a escribir mi libro. Esta hipó-

tesis no es muy improbable, dado el carácter que tomará, indudablemente, la lucha electoral.

Pasando a otra cosa, diré que desde que me casé me considero completamente feliz; pues aunque hasta ahora no tengo sucesión, y vivamente deseo tenerla, mi esposa es tan cariñosa conmigo y me ha dado tantas pruebas de su cordura, de su abnegación y de su amor, que creo no poder pedirle más a la Providencia.

Paso ahora a narrar los acontecimientos políticos en que me he encontrado mezclado, puesto que si estas memorias llegan algún día a tener cierta importancia, será por lo que se refiera a cuestiones de política.

México, mayo 17 de 1909.

Hasta ahora me es dado volver a ocuparme en este trabajo de apuntar mis recuerdos, que ha resultado mucho más largo de lo que me imaginaba.

Hablaré de mi causa política.

La principié en octubre de 1904.

Desde cuatro años antes habíamos concebido el proyecto, algunos parientes míos y yo, de principiar la campaña electoral en Coahuila, si no había quien lo hiciera, pues ya era vergonzoso lo que pasaba en el Estado.

Familiares y amigos, entre ellos mi tío José María Hernández (que en paz descanse), hombres de grandes energías, de un activísimo entusiasmo y de una caballerosidad tal, que entre los que le conocíamos íntimamente, frecuentemente lo comparábamos con los caballeros de la edad media, nos veíamos con frecuencia y nos ocupábamos de política.

Los demás miembros del reducido grupo eran mi tío Catarino Benavides y su hermano, mi tío Angel. Este último nunca tomó parte activa en los acontecimientos, aunque era arrastrado por nosotros.

Supimos que en Torreón se trataba de lanzar la candidatura del licenciado Frumencio Fuentes para Gobernador del Estado. Este señor hacía tiempo que preparaba el terreno, tanto en el Estado como en la Capital, buscando la influencia del señor don Ramón Corral, y a la sazón Vicepresidente de la República.

Conocíamos muy bien al licenciado Fuentes y comprendimos que nada bueno debía esperar el Estado de él, en caso de que llegara al poder, sobre todo, apoyado por el señor Corral.

Para evitar que esa candidatura fuera lanzada, nos resolvimos a lanzarnos a la lucha, organizando en San Pedro un Club que llamamos "Club Democrático Benito Juárez".

Nuestro plan consistía en trabajar porque se organizaran Clubes en todo el Estado y convocar a una Convención, a la cual concurrirían delegados de todos los pueblos para elegir quién debía ser el candidato del Partido Independiente.

San Luis Potosí, septiembre 20 de 1910.

A pesar de mi propósito de llevar un diario desde que principió esta campaña, la falta de costumbre de hacer apuntes diarios, la diversidad de ocupaciones y, sobre todo, la constante tensión de ánimo necesaria para resolver importantísimos problemas para llevar a cabo la organización del Partido Antirreeleccionista, me han impedido seguir metódicamente mis memorias. Sin embargo, como estoy convencido de que, tanto para quitarme cualquier defecto, como para adquirir cualquier costumbre útil, necesitamos un esfuerzo constante, no desespéro de llegar a adquirir la costumbre de escribir mis memorias y, entre tanto, aunque sea de un modo compendiado, sigo mi narración, interrumpida desde mayo del año pasado.

Mis memorias en esta forma, si no están tan detalladas, tendrán en cambio la ventaja de ser más comprendidas, y si algún día llegan a ser publicadas, por el interés histórico que puedan tener, tendrán por esta circunstancia mayor interés.

Como decía, organizamos el "Club Democrático Benito Juárez." Habíamos convenido que pronunciaría el discurso de rigor, haciendo conocer nuestras tendencias al público. Sin embargo, previendo yo que muy bien no podría encontrarse él a la hora de la fundación del Club y habiendo sido yo de los que invitaban, me resolví a escribir también un pequeño discurso, que fué el primero que pronuncié, pues como me lo temía, el doctor no llegó sino cuando estaba ya terminándose la organización del Club.

Hecha la elección de miembros del Club, resulté yo Presidente, Vicepresidente mi tío el señor José María Hernández; primer Vocal, el doctor Durán; segundo, mi hermano Alfonso, y tercero, mi tío Catarino Benavides; Tesorero, don Eligio Sánchez, que era dependiente nuestro, y Secretario, don Indalecio de la Peña.

Desde luego convenimos en la necesidad de organizar un periódico, el cual se llamó *El Demócrata*. Yo creí que el principal redactor iba a ser el doctor Durán, pues yo nunca había escrito para la prensa y creía no poder hacerlo. Sin embargo, me propuse escribir para ese periódico y empecé una serie de artículos que se llamaron: *Vox populi vox dei, semper ascendis. La unión hace la fuerza, etc., etc.* En ese periódico hice mi aprendizaje de escritor político. Nuestro periódico causó gran sensación en todo el Estado de Coahuila, pues venía a hablar a los ciudadanos de sus derechos y a invitarlos para la lucha electoral.

En algunas de las sesiones primeras acordamos convocar para una Convención, a la cual concurrirían delegados de todo el Estado de Coahuila, que tendrían una representación proporcional al número de habitantes del pueblo o distrito que representarían, y la cual se reuniría en San Pedro de las Colonias el 5 de febrero siguiente, o sea del año de 1905.

Principiamos la propaganda por la prensa, habiendo logrado que se organizaran algunos Clubes en la Frontera. Después fuí yo, acompañado por el doctor Durán, a formar un Club en Viesca, y como no encontré ninguna difi-

cultad por parte de la autoridad, cometí la inocentada de diferir la organización de ese Club para el domingo siguiente, a fin de tener más gente, pero entonces ya tenía órdenes superiores el cacique de aquel lugar, Tomás Zertuche, que era sumamente arbitrario, y nos impidió por la fuerza la organización del Club. Por tal circunstancia nos limitamos únicamente a nombrar Directiva y a dejar instrucciones.

En estos días se organizó en Torreón un Club independiente llamado "Club Central de Torreón," que quería trabajar independientemente de nosotros o absorvernarnos, pues el plan de ellos era sacar como candidato al licenciado Frumencio Fuentes. A la vez que se organizó el Club en Torreón, el licenciado Luis García de Letona y su amigo el ingeniero Andrés Garza Galán formaron varios Clubes en la Frontera.

Tanto Garza Galán como Letona obraban de acuerdo con Pineda.

Era, pues, el elemento corralista en Coahuila, formado por las huestes del garzaganismo que había sido funesto para el Estado.

Desde que principió, pues, la campaña, se notó entre los opositores al licenciado Cárdenas, una franca división entre los que desde entonces eran corralistas y los que en aquella época nos considerábamos completamente independientes y que queríamos que la cuestión política de Coahuila se resolviese por los coahuilenses sin recurrir para nada a la influencia del Centro.

Como quise que quedase nuestro Partido ramificado por todo el Estado para el 5 de febrero, convenimos, de acuerdo con el Club de Torreón, con el que hicimos todo lo posible por marchar de acuerdo, porque cualquier división hubiese sido funesta para los independientes, convenimos, digo, diferir esa convención para el 21 de mayo de 1905. En tal sentido se publicó una convocatoria a todos los Clubes del Estado, suscrita por el Club Central Independiente de Torreón en que se adoptaban las mismas bases generales de la convocatoria primitiva del Club Democrático, es decir, que cada Municipio tendría en la Convención una representación proporcional al número de sus habitantes. Posteriormente se discutió lo referente al lugar en que debía verificarse dicha Convención, y los del Club Central Independiente, o sean los corralistas, querían que fuese en México. Yo insistí en que fuera la Convención en algún punto de Coahuila. Las razones que ellos aducían eran que podía ser disuelta la Convención, pero yo opinaba que no debíamos temer ejercer nuestros derechos. Además, en México, temía yo la presencia del Gobierno del Centro, que podía influir en la designación de candidato.

Como desde un principio los del Club Central Independiente, que tenía relaciones en todo el Estado por haber sido de la administración garzaganista pasada, y por cuyo motivo tenían cierta organización por esa circunstancia, tuvieron ellos mayoría en las juntas y fué la opinión de ellos la que prevaleció. Entonces, ante el pequeño auditorio que formaba la reunión, pronuncié un enérgico discurso en que hacía ver los grandísimos peligros de que fuésemos a México, pero mis argumentos se estrellaron ante la indicación del licenciado Frumencio Fuentes, jefe de la facción corralista, al cual obedecían ya sus partidarios con un servilismo desconsolador.

Como yo no conocía a los hombres públicos de Coahuila, porque no había existido oportunidad de que se manifestasen, se me dificultó mucho encontrar un candidato. Al fin tuve informes excelentes del doctor Dionisio García Fuentes, a quien fui a visitar a Saltillo y preguntarle si aceptaba que lo nombrásemos en la Convención. Él aceptó de buena gana, guiado por un sentimiento patriótico. Él comprendía, además, que al discutirse la personalidad de él y del licenciado Frumencio Fuentes en una Convención popular, su personalidad tendría que triunfar indiscutiblemente, pues es un hombre de mucho mayores méritos y que goza de grandes simpatías en el Estado. A pesar de ésto y de nuestros esfuerzos por hacer triunfar su candidatura en la Convención, triunfó la del licenciado Frumencio Fuentes, pues sus partidarios, poco escrupulosos, recurrieron a chicanas.

A pesar del modo ilegal como habían triunfado, yo y los partidarios nuestros resolvimos aceptar la candidatura de Frumencio Fuentes, porque hubiese sido un golpe mortal, una división para la Democracia naciente en México. Preferí la unión, a pesar de los inconvenientes del candidato, a la desunión que hubiese traído un fracaso completo, no sólo en nuestra lucha política, sino que también para la Democracia.

En la Convención se aprobó un programa político que debía imponerse al candidato. Este programa fué elaborado por una comisión, de la cual yo formé parte.

Los puntos principales que trataba eran la divulgación de la enseñanza pública, principalmente la rural, tan desatendida en Coahuila; asegurar a los ciudadanos sus derechos, esencialmente los electorales; consignar el principio de No-Reelección en la Legislación local, etc.

El licenciado Frumencio Fuentes aceptó todo lo que quisimos, pero únicamente se opuso a que se publicara lo relativo a la No-Reelección, porque no quería que con eso le diésemos una bofetada al General Díaz, de quien él tenía grandes esperanzas de obtener ayuda.

El presidente de la Convención fué el licenciado Praxedis de la Peña que trajo credencial de Saltillo, siendo su credencial nula, pues venía representando un Club que no existía; pero como desde un principio tenían mayoría los corralistas, o sean los frumencistas, hubo de aceptarse como buena esa credencial.

Cuando hubo triunfado en la Convención la candidatura de Frumencio Fuentes comprendí yo que si lo dejábamos que subiese al poder con la ayuda de Corral, sería para nosotros mucho más déspota que el mismo Cárdenas. Por tal motivo seguí maniobrando con mayor tenacidad, para hacer que nuestro Partido fuese considerado por el Gobierno del Centro como hostil a él. De esta manera creí yo que si llegábamos al triunfo, siendo obtenido éste contra el Gobierno del Centro, y habiendo subido nuestro candidato al poder en virtud del esfuerzo popular, tendría que respetar al pueblo.

Para obtener ésto me propuse que el Congreso fuese integrado por personalidades independientes que estuviesen siempre de acuerdo conmigo pa-

ra defender los intereses del pueblo y que no vacilarían en declararse en oposición franca contra el mismo Frumencio Fuentes, al ser necesario.

La Legislatura de Coahuila está integrada por once diputados: cuatro que nombra el Distrito de Saltillo, tres el del Centro, dos el de la Frontera, uno el de Parras y uno el de Viesca.

Yo sabía que tenía que resultar diputado por Parras, pues estaba seguro que entre los independientes ninguno podría competirme. Para lograr que los cuatro diputados del Centro fuesen de acuerdo conmigo, me valí del siguiente medio:

Mi temor era que el licenciado Frumencio Fuentes fuese a designar los candidatos para diputados, lo cual daría por resultado que todos eran amigos de él. Para prevenir ésto, hice que se reuniera violentamente el Comité Ejecutivo encargado de dirigir la campaña política, que estaba integrado por tres miembros del Club Central Independiente y por los del Democrático Benito Juárez, siendo yo uno de ellos. Pues bien, fuí a Torreón con el otro representante del Club Democrático, hice que se reuniese el Comité y les llamé la atención sobre el hecho de que, estando muy cerca las elecciones, no se había pensado aún quienes serían los diputados. No quise proponer mi proyecto desde un principio, porque como los del Club Central Independiente eran incondicionales del licenciado Frumencio Fuentes, temí comprenderían mis instrucciones y me pusieran obstáculo para ello.

Hábilmente fuí abordando la cuestión de modo que uno de ellos, acuerdo que fué el profesor Gálvez, tuvo que proponer, como lógico y natural, según lo que habíamos estado hablando, que cada Distrito nombrase sus diputados por medio de convenciones locales. Me hice sorprendido con tan buena idea, que era precisamente lo que yo quería que aceptaran ellos; la acepté desde luego con gran entusiasmo lo mismo que los demás. No perdí tiempo, fuí a San Pedro y publiqué ese acuerdo en *El Demócrata*, que era órgano oficial del partido. Como en Saltillo no existía ningún Club porque no se había podido instalar, pues los enviados que habían ido con tal objeto nunca se habían atrevido a hacerlo por temor a las persecuciones del Gobierno; comprendí que yendo a instalar el Club a Saltillo, procurando hacerlo públicamente, entonces tendría oportunidad de convocar allí mismo una convención de los demás Clubes del Distrito, para que todos designasen sus candidatos para diputados. Como yo era el organizador del Club, indudablemente tendría gran peso en la designación de dichos diputados, y con esos cuatro diputados que fuesen amigos, tendría yo asegurada una mayoría en la Cámara para obligar al Gobierno de Frumencio Fuentes a respetar sus compromisos con el pueblo.

Invité para que fuese conmigo a fundar dicho Club, al doctor José María Rodríguez, Presidente del Club Central Independiente de Torreón, y a la vez hijo de Saltillo.

Él vacilaba mucho, porque algunos amigos suyos, miembros de la Administración ganalista, le habían asegurado que había orden de que al llegar a Saltillo fuesen encarcelados. Sin embargo, invitándolo yo, aceptó; pero

desde un principio me dijo que no podría ir el mismo día que yo indicaba, sino unos días después. Con tal motivo, me resolví a ir solo con algunos días de anticipación, a fin de tener tiempo de buscar local apropiado para dar el mitin y demás. Cuando llegué a Saltillo para la formación del Club, que sería como el 15 de julio, recibí un aviso de Monterrey, de que se nos preparaba una celada por orden del General Reyes. Tuve buen cuidado de ocultar el telegrama, a fin de que en Saltillo no se propalase nada esta noticia, porque hubiese amedrentado a muchos ciudadanos, que habrían dejado de concurrir.

El ingeniero Andrés Garza Galán, prácticamente jefe del partido corralista y el más audaz y resuelto de todos ellos, vino a unirse conmigo en Saltillo y a traerme más detalles del golpe que se nos preparaba. A pesar de eso, ni por un momento vacilé en mi resolución de organizar el Club.

Una vez que conseguí una casa apropiada para ello, la cual estaba vacía, mandé publicar una proclama invitando a los saltillenses para la organización del Club, que tendría lugar el 18 de julio. El doctor Rodríguez llegó la víspera.

\*  
\* \* \*

Instalamos, pues, el Club con toda calma, sin tener ninguna dificultad seria, y logré que los diputados designados fueran personas en cuya independencia confiaba yo.

La lucha siguió sus pasos normales. Persecuciones de parte del Gobierno, y de parte del pueblo mayor virilidad y entusiasmo.

Todo hacía creer que, llegado el día de las elecciones, todos cumplirían con su deber.

\*  
\* \* \*

Logró el licenciado Fuentes obtener una entrevista con el General Díaz: en ella le dijo que estaba dispuesto a sacar el candidato que él gustase, y le dió a entender que por ningún motivo se haría nada contra su voluntad.

El General Díaz, con su eterna política de disimulo, principió por halagar al licenciado Frumencio Fuentes. Éste se creía seguro del triunfo y telegrafió a Coahuila llamando a sus principales partidarios para repartirse los puestos públicos.

Pero cuando el licenciado Frumencio Fuentes esperaba arreglar definitivamente sus asuntos en la última entrevista, recibió un recadito del General Díaz, en que le decía no poder recibirlo, y le mandó decir de palabra que de todos modos estaba resuelto a sostener al licenciado Cárdenas.

Tal noticia llenó de pánico al grupo de amigos que estaba a las órdenes del licenciado Frumencio Fuentes, los cuales, instigados por él mismo, acordaron dar por terminada la campaña política, y telegrafiaron en ese sentido a Coahuila.

Uno de ellos, el licenciado Luis García de Letona, obrando en ese caso con cordura, dijo que le parecía inconveniente se tomase un acuerdo tan

importante sin siquiera consultar conmigo, que era uno de los jefes de más influencia en el Partido y que había tomado una parte más activa.

Parece que el licenciado Frumencio Fuentes le contestó que hiciese lo que gustara. Me llamó él violentamente por telégrafo y acudí sin demora alguna a la Capital.

En el camino me crucé con algunos delegados que iban ya de regreso, entre ellos el doctor José María Rodríguez y el licenciado Praxedis de la Peña, los cuales estaban completamente desanimados para seguir adelante.

Llegué a México. Inmediatamente hablé con Frumencio Fuentes y con los demás delegados. Estos últimos, tan pronto como les hice comprender que era una cobardía nuestra retirada y que debíamos seguir adelante la lucha, convinieron en ello, pero luego volvió Frumencio Fuentes, les increpó duramente y todos se fueron escurridos, cada uno por su lado, y me dejaron solo con él.

Volví a reunirlos, e insistí en la necesidad de seguir adelante la campaña, pero comprendí que no podía contar gran cosa con ellos, que obedecían ciegamente las indicaciones del licenciado Frumencio Fuentes. Entonces me dirigí a este último, y le dije lo siguiente: "Con lo que han hecho ustedes de telegrafiar a Coahuila que se terminó la campaña, ha cundido la desmoralización entre nuestros partidarios, que consideran ya la lucha perdida; será imposible tener un triunfo ya en tales condiciones, pero es indispensable salvar el honor del Partido, y para ello deseamos continuar luchando, aunque vayamos a una derrota segura."

Frumencio Fuentes me contestó que yo hiciera lo que quisiera; que a mí me tocaba salvar el honor del Partido. Le repliqué que si éste publicaba un manifiesto diciendo que se retiraba de la lucha, se había deshonrado, y que por ningún motivo debía publicarlo. Que si él se empeñaba en que se terminase la campaña, que publicase ese manifiesto, que yo como amigo no se lo aconsejaba, porque entonces la mancha caería sobre él. Me manifestó que él no publicaría ese manifiesto, y como yo me opuse a que lo publicaran nuestros partidarios, tampoco nosotros lo hicimos.

Sin embargo, Frumencio Fuentes insistió en que se diese la campaña por terminada.

Le dije yo que por ningún motivo lo haría, y que, aunque solo, seguiría hasta su conclusión. Me dijo él que iba a permanecer completamente solo, que no me acompañaría ninguno. Le repliqué que estaba seguro del pueblo de Coahuila y que sí me seguiría. Que fuese él a Coahuila para que respirase el ambiente de libertad; que en la Capital era muy distinto el modo de pensar.

Por último, después de largas conferencias, convenimos en que iría yo a Coahuila y consultaría con los correligionarios si acaso estaban de acuerdo en proseguir la campaña, para ver qué resolución se tomaba.

Yo quería que desde un principio Frumencio Fuentes me dijese claramente qué actitud asumiría si nosotros proseguíamos la campaña, pero no pude lograrlo.

Llegué a Saltillo, me encontré con todos los correligionarios indigna-

disimos contra Frumencio Fuentes, y supe que de todo el Estado le habían puesto telegramas, hasta insultantes, en que le increpaban duramente su actitud.

Me puse de acuerdo con los miembros del "Club Miguel Hidalgo," de Saltillo, con un representante del pueblo de Parras y con algunos otros correligionarios, y subscribimos un telegrama tronante para Frumencio Fuentes, en que le decíamos estar resueltos a seguir la campaña política; que nos dijera claramente si seguía siendo nuestro candidato, o no. En esto llegó Andrés Garza Galán, decidido partidario de Frumencio Fuentes, y en buenos términos nos desistió de mandar tal telegrama, pero convenimos él y yo en que inmediatamente se convocaría una Convención en Torreón, integrada por los presidentes de todos los Clubes independientes del Estado. En esta Convención se debía discutir la política que seguiríamos.

Mi plan era obligar a Frumencio Fuentes a que hiciese una declaración pública diciendo que sí aceptaba su candidatura, y que publicase un manifiesto para levantar el espíritu público, o bien que renunciase francamente, en cuyo caso pensaba yo lanzar la candidatura del doctor Dionisio García Fuentes, con lo cual se hubiese obtenido el triunfo que esperábamos.

García de Letona telegrafió a Frumencio Fuentes que era indispensable que viniese a la junta, porque corría peligro de que se nombrase otro candidato.

Acudió a dicha junta Frumencio Fuentes, y se encontró de tal manera dispuestos los ánimos, que ni por un momento se atrevió ni siquiera a proponer su idea de abandonarnos en la campaña, y para disculparse ante sus correligionarios, echó toda la culpa de lo acontecido sobre el licenciado Praxedis de la Peña y el licenciado Luis García Letona.

Estando las cosas de tal manera y viendo que el licenciado Frumencio Fuentes estaba resuelto a no renunciar su candidatura por ningún motivo, entonces propuse yo que publicara un manifiesto al Estado, diciendo que no solamente aceptaba el programa nuestro, sino el principio de No-Reelección, que había dejado en el tintero, y desmintiendo los rumores que habían corrido, según los cuales quería él que abandonásemos la lucha.

Frumencio Fuentes, que no quería parecer hostil al Gobierno del Centro, y que estaba amedrentado con la entrevista que tuvo con el General Díaz, no quiso por ningún motivo publicar ese manifiesto, y como ya conocía mi propósito, se puso de acuerdo con sus amigos para que no aceptasen mi idea, la cual fué rechazada por esta circunstancia.

En esta junta pasó lo siguiente, sumamente sugestivo: como ella no tenía razón de ser, puesto que Frumencio Fuentes seguía como candidato y se determinó proseguir la lucha, preguntando alguno de los presentes cuál era el objeto de la junta, se paró el licenciado García Letona y con gran oportunidad y talento dijo lo siguiente: "En la lucha que sostienen los independientes contra el licenciado Cárdenas, se creía al principio contar con la neutralidad del General Porfirio Díaz, pero el licenciado Frumencio Fuentes había tenido noticias del General Díaz que estaba resuelto a sostener a Cár-

denas y deseaba consultar con los presidentes de los Clubes antirreeleccionistas si a pesar de ello se seguía adelante la campaña."

Como única contestación, y como movidos todos por un resorte, se pusieron todos los delegados de pie y dijeron que sí, que se seguiría adelante. Era tal el sentimiento antiporfirista que predominaba en aquella junta, que no había ni quien se atreviese a proponer lo contrario.

A pesar de esta resolución, las instrucciones dadas por Frumencio Fuentes fueron que únicamente se limitaran los independientes a protestar las casillas instaladas ilegalmente; así es que prácticamente fuimos a las casillas electorales únicamente por salvar el honor del Partido, pero sin ninguna esperanza de obtener el triunfo.

Las cosas pasaron como era de esperarse: en todo el Estado se verificó el fraude electoral más escandaloso: los independientes concurren a las casillas electorales, pero en todas partes se las encontraban ya instaladas de antemano por el elemento oficial. Numerosas protestas se publicaron con ese motivo. El licenciado Frumencio Fuentes quiso publicar un manifiesto suscrito por los independientes; pero ese manifiesto no reunió las simpatías de los partidarios, y ninguno quiso firmarlo.

Terminada la campaña política, quería yo que nos declarásemos organizados en Clubes permanentes y que invitásemos al país para la formación del Partido Nacional Democrático, sosteniendo como principio la No-Reelección y proponiendo, además, las bases para organizarlo.

Mi proyecto lo propuse por medio de una circular a la prensa independiente y a los correligionarios. El único periódico que apoyó la idea fué *El Tercer Imperio*, pero todos los correligionarios me manifestaron que en nuestro país era muy difícil una lucha tan larga, en la cual tendría el Gobierno tiempo para aniquilarnos. Comprendí que tenían razón, y me reservé para mejor oportunidad la organización de dicho partido.

\* \* \*

CAMPAÑA DE SAN PEDRO, COAHUILA.—Para llevar la ilación de la campaña general, no hablé de las elecciones municipales que sostuvimos en San Pedro a fines del año de 1904, y aunque están relacionadas con la campaña general, forman un episodio completamente independiente, puesto que en esa campaña sólo fuimos parte el Club Democrático de San Pedro, Coahuila.

Ignoraba por completo el mecanismo de elecciones, pero en alguna de las juntas que teníamos los del Club, varios socios manifestaron que podíamos tener elecciones municipales con probabilidades de triunfo. Me puse a estudiar el procedimiento de las elecciones; les pedí a los conocidos datos que estudié a fondo, y entonces comprendí que sí podíamos ganarlas. Acordamos los del Club hacer la campaña local para autoridades municipales.

Desde luego nos fijamos para que fuese nuestro candidato para Presidente Municipal el honrado y laborioso agricultor señor Francisco Rivas. Con ese señor me ligaba antigua y buena amistad y, sobre todo, relaciones

más antiguas de familia, pues él había principiado a trabajar desde muy joven al servicio de mi abuelo don Evaristo y de mi papá, y había hecho su fortuna honradamente con ellos. Con ese motivo, tenía yo gran ascendiente sobre él, y logré convencerlo de que aceptase la candidatura. Estoy íntimamente convencido de que aceptó únicamente por patriotismo y con el deseo de trabajar con empeño por mejorar la situación del Municipio de San Pedro.

Como primer Regidor nos habíamos fijado en el doctor Francisco Durán, que también aceptó, por lo menos tácitamente.

Aunque yo no formaba parte de esa candidatura, era indudable que hubiera tenido gran ascendiente sobre tal Ayuntamiento, y desde que principié a organizarlo había acordado con Francisco Rivas, y entiendo que también con el doctor Ruiz, el siguiente programa:

1º— Citar a una junta a todos los que tienen propiedades agrícolas en el Municipio y exhortarlos a que fundasen en sus respectivas haciendas escuelas para los niños y niñas, sostenidas por su propio peculio. Indudablemente que muchos hubiesen aceptado esta proposición, y eso hubiese influido en el ánimo de otros para que aceptaran. Después de este acuerdo, dedicarnos con toda actividad y energía a su realización.

Establecer también escuelas en las haciendas de los que no estuviesen conformes en ayudar; pero en la inteligencia de aumentarles las contribuciones al reformarse el plan de arbitrios.

2º— Arreglar la vega del agua del pueblo en condiciones de que pudiesen almacenar más agua; que ésta estuviera siempre limpia, y que las pipas, o sean los barriles en que se transporta el agua al centro de la población, no pudiesen penetrar dentro de la vega, sino que se arreglase una instalación, para que fuesen surtidas dichas pipas por medio de llaves de agua.

3º— Hacer pozos chicos en distintas partes de la población y una pequeña instalación para que fuese transportable, y extraer agua de ella para regar con mangueras apropiadas cuatro cuadras en cruz. Con instalaciones de esas en puntos apropiados de la población, se lograría de un modo económico regar todas las calles, con lo cual hubiese mejorado notablemente San Pedro.

4º— Como en esa época se habían verificado algunos incendios y no había medio con que apagarlos, habíamos convenido que, por subscripción entre varios amigos, se comprasen unas bombas que se cederían al Ayuntamiento, el cual daría una disposición obligando a todos los que tuviesen pipas para transportar agua, que al haber incendio en cualquier parte y al darse la señal determinada, concurrieran con sus pipas de agua a vaciarlas en un depósito que se tendría siempre disponible al efecto, conminando a los que no cumpliesen con esa disposición.

5º— Teníamos en proyecto tomar una serie de medidas contra el alcoholismo, principiando por aumentar considerablemente los impuestos a los expendios de alcohol, a fin de disminuirlos, y ejercer mayor vigilancia. Multar a los cantineros por cada hombre que se embriagase en sus cantinas, y a los presos que fuesen a dar a la cárcel sujetarlos a un tratamiento médico, en-

sayando sucesivamente todos los medios preconizados para el efecto. Teníamos esperanzas de que con esas medidas se lograría disminuir considerablemente el vicio del alcoholismo, que tantos estragos causa en aquella región.

Estas medidas, respetar todos los derechos de los ciudadanos y especialmente el del sufragio, formaban nuestro plan de gobierno.

Debo agregar que supe que nuestro candidato Rivas estaba dispuesto a gastar de su propio peculio hasta veinte o treinta mil pesos, a fin de que se llevasen a cabo esas mejoras.

Por lo expuesto, se verá cuán benéfico hubiese sido para San Pedro que desde entonces sus autoridades fuesen nombradas por el pueblo.

Para organizar la campaña electoral imprimimos un buen número de leyes, que repartimos profusamente, y, además, me ocupé personalmente de organizar todas las casillas, habiendo logrado obtener el triunfo en la mayor parte de ellas.

Para ganar cada casilla hubo su serie de incidentes, y cada triunfo costó esfuerzos a nuestros partidarios, así como habilidad, astucia y valor.

Llegado el momento de las elecciones, influí de un modo decisivo para que obtuviésemos el triunfo de dos casillas. En la que a mí me correspondía, como casi no tenía amigos el gobierno, habían resuelto que el Comisario electoral instalara la casilla en otra parte de la que habían designado primero.

Mi tío José María Hernández, que estaba en la misma casilla, desde muy temprano llegó con gran número de gente para ganarla. El Comisario electoral, en vista de eso, pretextó que tenía que salir, lo cual hizo con el objeto de ir a instalar la casilla a otra parte.

Enterado yo de eso, corrí a buscarlo y lo llevé personalmente ante el Presidente Municipal para que le diese órdenes en mi presencia, pues ya antes me había dicho que cumpliría con la Ley.

Viéndose en apuros el que fungía como Presidente Municipal, que era don Andrés Medellín, le dijo delante de mí que cumpliera con órdenes recibidas con anterioridad. Entonces, sin más vacilaciones, encargué que a mi caballo lo llevase otra persona, y lo agarré del brazo y lo llevé a la casilla. El pobre iba sollozando y acongojadísimo, pero en el trayecto a su casa, que era donde debía levantarse la casilla, logré reanimarlo, levantar su espíritu y hacerle comprender cuál era su deber. Llegó ya posesionado del papel que debía representar y resuelto a cumplir conforme a la ley. La única infracción que se cometió en esa casilla, y que fué involuntaria debido a un adelanto de mi reloj, fué que se instaló cinco minutos antes. Digo involuntariamente, porque yo y nuestros amigos nos sentíamos tan orgullosos de ejercer nuestros derechos de ciudadanos por primera vez, que ni por un momento se nos ocurrió instalar la casilla ni un minuto antes, puesto que no teníamos necesidad de ello, porque no había más de cuarenta ciudadanos allí reunidos y todos partidarios nuestros. Pero el adelanto de mi reloj nos hizo instalar cinco minutos antes la casilla, lo cual fué una grandísima ventaja, pues me permitió poder llegar a tiempo en que se instalaba la casilla que

estaba a cargo de mi tío Catarino, y la cual quería ganar el que en esos momentos fungía como Presidente Municipal.

Don Andrés Medellín pretextaba que no podían entrar a su casa porque no cabían. Mi tío Catarino principió por decir que esa casa ya no era de él, que era del pueblo, porque él la había prestado para casilla electoral. Yo, sin tomar la cosa por ese lado para no agriar la cuestión, y con dulzura socarrona, le dije al Sr. Medellín, que era compadre mío por haber sido yo padrino de uno de sus hijos: "Mire, compadre, este sí cabe," y metí a uno del brazo, y "este también," y así sucesivamente, hasta que introduje un número suficiente de correligionarios dentro del zaguán, para asegurar que ganábamos la mesa.

El Sr. Medellín quería nombrar, a pesar de que no tenía más que dos partidarios allí, la mesa, y el Comisario electoral vacilaba, pero le hablé con fuerza, excité su patriotismo y también logré que se posesionara de la majestad de su papel que le estaba encomendado, que se sobrepusiera a la consigna que le daban en ese momento y que obrara conforme a la ley.

Como no teníamos la idea de hacer la más ligera chicana, hicimos que fuera admitido como secretario el único partidario que tenía allí don Andrés Medellín, un hijo suyo.

En San Pedro ganamos la mayoría de las casillas, pero, sobre todo, en los ranchos tuvimos una inmensa mayoría, calculando que tendríamos las dos terceras partes de las casillas ganadas.

El Presidente Municipal don Alberto Viesca, que era una buena persona, a pesar de que la lucha contra él le había excitado sus pasiones, quería seguir la lucha en el terreno legal, pues abrigaba esperanzas de triunfo en el Colegio Electoral. Pero fué a Saltillo a pedir órdenes, y el licenciado Cárdenas, que era el Gobernador, le ordenó que por ningún motivo admitiese a los independientes en el Colegio Electoral. Con ese motivo no se registraron las credenciales de los independientes.

El sábado por la tarde, víspera del día en que debía reunirse el Colegio de escrutinio, le escribí una carta muy vehemente a don Alberto Viesca, en la cual procuraba tocar todas las fibras sensibles para convencerlo que debía obrar con rectitud. Él se impresinó con esa carta y me mandó decir que deseaba celebrar una conferencia conmigo para ver si llegábamos a un arreglo, pero esto fué imposible, pues las bases que me proponía eran inadmisibles.

En vista de esto, los independientes acordaron que nuestro Colegio se reuniera en la Plaza de Armas, en uno de los pórticos forrados por unas enramadas. Pero llevábamos el propósito de que a la primera orden de la autoridad se pasarían a mi casa para terminar allí sus trabajos.

Una vez reunido el Colegio Electoral en la Plaza, la policía formó un semicírculo alrededor de él, y el pueblo, en masa compacta, formó otro semicírculo alrededor de la policía.

La autoridad dió orden de que se disolviese la reunión, pero la orden no venía en regla y el Presidente de la Mesa, que era don Indalecio de la Peña, hombre de gran energía y, sobre todo, de una tenacidad a toda prue-

ba, principió a leer a los representantes de la autoridad los artículos de la Constitución relativos, y el hecho es que estuvo a punto de estallar un serio conflicto entre el pueblo y los representantes de la autoridad.

Anduve interviniendo con la autoridad para ver que diese la orden en regla, pero al fin no lo conseguí, sino me convencí de que la autoridad estaba dispuesta a todo, pues en mi presencia dieron orden al Comandante de Policía de disolver la reunión como diese lugar.

Entonces, como recurso más sencillo, invité a uno de los presentes que me ayudase, y entre los dos cargamos con la mesa en que estaban todos los expedientes, rumbo a mi casa.

Apenas había dado unos cuantos pasos, cuando otro correligionario se acomodó en mi lugar y llevamos a mi casa la mesa.

Como ésta era el motivo de la discusión, se dió por terminado el incidente y todos se fueron pacíficamente a mi casa, donde terminó la mesa el escrutinio de sus trabajos, todos conforme a la ley, habiendo tenido gran cantidad de votos el candidato que nosotros sosteníamos.

Una vez disuelta la reunión, recuerdo que parado yo en la esquina de mi casa, me quedé meditando sobre el alcance de lo que acababa de hacer.

La serena razón me hizo comprender que sí había obrado bien.

